

Seminario Concordia  
 C. Cerreo 5  
 1655 J. L. Suárez  
 Bs. As. - Arg.

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
La teología de la revolución (II) .....	1
Se proclama la fe al mundo al suscribir los pastores las confesiones luteranas .....	5
El voto de la mujer en la congregación .....	8
La cooperación interluterana en el Río de la Plata ..	13
El obrero laico .....	17
Bosquejos para sermones .....	26

Publicado  
 por  
 La Junta  
 Misionera  
 de la  
 Iglesia  
 Evangélica  
 Luterana  
 Argentina

sería una más amplia y efectiva publicidad. Creo que para nosotros no corresponde una alternativa que podría ser circunscrita con estos términos: O pleno consenso doctrinal y como resultado la plena comunión eclesiástica — o ningún contacto. Según lo expuesto arriba, tal alternativa no está en su lugar.

Tampoco creemos que sea solamente la conveniencia lo que debe guiarnos en este aspecto, sino que debemos enfocar un propósito más profundo: Si podemos reconocer como posición legítima la de aspirar a un consenso en la doctrina y la siguiente comunión eclesiástica, y que este consenso de doctrina debe ser alcanzado antes de que se practiquen en común actos eclesiásticos, entonces nuestro programa debe ser que bajo la guía y bendición del Espíritu Santo hagamos serios esfuerzos a que el anhelado consenso doctrinal se haga una realidad de modo que después de cierto tiempo la conferencia libre podría transformarse en una iglesia verdaderamente confesional y de estructura federada.

No olvidemos que en nuestras confesiones o doctrinas se nos ha confiado un gran poder unificador que se debe al hecho de que tal confesión es interpretación de la Sagrada Escritura y que su autoridad resulta de que es **correcta interpretación** de la Escritura y sólo por eso aceptada por la iglesia. Su estudio lo demostrará.

\*) W. Staehlin: Von der reinen Lehre des Ev. Fuldaer Hefte Nr. 19.

**F. Lange**

---

## EL OBRERO LAICO

¿A qué se debe el hecho de que hay poco progreso en nuestras congregaciones y en la misión? Causas y explicaciones, fundadas o no fundadas hay muchas. Se cita p. ej. la falta de equipo adecuado para desarrollar un trabajo más eficiente. Hay que atender a muchas congregaciones con un solo pastor. Este está sobrecargado de trabajo. Se señala la débil participación de los miembros laicos en el trabajo

---

Esta exposición de un problema candente fue presentada por el Pastor Erhard Beckmann a la conferencia pastoral que se realizó en agosto de 1970 en Mar del Plata. La redacción de esta revista la publica porque la considera de utilidad para un círculo más amplio. **La Redacción**

lo que posiblemente se debe a la falta de su entrenamiento. En la mayoría de los casos falta un verdadero programa de trabajo. Tal vez tenemos que pensar en la reestructuración de muchas congregaciones y misiones como lo hiciera un Nehemías cuando recibió el expreso mandato de Dios de reconstruir la ciudad de Jerusalén que yacía en ruinas. Este hombre de Dios no podía realizar por sí solo un trabajo de tal envergadura, sino que necesitaba la colaboración de otros, es decir de los cautivos judíos que habían vuelto del cautiverio babilónico. A la cabeza de un ejército de voluntarios pudo levantar a pesar de todos los contratiempos los muros derrumbados. Ya antes de comenzar con la reconstrucción hubo por parte de esta gente, la buena voluntad, convicción, fe y una dirección responsable. ¿Qué es lo que tal vez falta a nosotros: guías, hombres voluntarios y consagrados? ¿No predicamos el mensaje que hemos recibido y que se nos ha sido encomendado a predicarlo? ¿No enseñamos correctamente? ¿No atendemos nuestras tareas que nos fueron confiadas, siendo pastores y misioneros?

Hay que preguntarse si debemos empezar a trabajar de otra forma, reorganizando y reestructurando todo nuestro sistema que consideramos como intocable e invariable y que tal vez hicimos de una forma mecánica sin la colaboración de toda la congregación, un trabajo que en muchos casos no ha traído el resultado que hemos esperado. Hay que encarar seriamente este problema tan candente que por cierto nos preocupa a todos nosotros. Para que aya un progreso, el pastor juntamente con su congregación debe considerar cómo podrá ser reorganizado el programa total, si hasta este momento no hubo la colaboración de los demás.

Es imprescindible que toda la congregación, adultos como niños, deben participar en el trabajo, porque es un trabajo de todos. "El problema más grande y persistente de la iglesia de nuestros días es que hay un porcentaje muy elevado de miembros que no participan en el trabajo congregacional. La gran necesidad de la iglesia es de congregar, organizar, entrenar y poner en movimiento las grandes reservas pasivas en la viña del Señor. Para que los miembros de la iglesia se conviertan en un potencial para el reino de

Cristo en el mundo, en lugar de ser un problema más para el mundo, deben prepararse espiritualmente familiarizándose con los diferentes problemas que atañen a la iglesia, y ante todo, siendo llevados a la actividad. Necesitamos personas responsables y servidores que sepan llevar adelante un programa de vida espiritual en la congregación. Necesitamos maestros que sepan enseñar a otros en las verdades bíblicas. Necesitamos guías capaces que puedan aconsejar a nuestra juventud. Necesitamos a cristianos consagrados que sepan traer el mensaje del evangelio a los pecadores para ganarlos. Necesitamos a obreros que se han convencido que están salvos para servir".

La congregación de este pastor no solamente se enteró de esta necesidad de que tenía que reorganizarse sino que lo llevó a la práctica. Más de 80 % de los miembros toman parte activa en el trabajo de la parroquia. Dos tercios se han inscrito en las clases bíblicas. La congregación que apenas existe siete años y que forma un grupo de 800 personas, cuenta con una asistencia regular de 500 personas en los cultos dominicales. ¿En qué consiste el secreto de tal progreso? Todos están concientes del trabajo que ellos deben realizar, siendo el pastor su guía espiritual. Los miembros de la comisión directiva y de sus departamentos, están supervisando el programa en todos sus detalles. Hay diáconos que los asisten en las visitas para que cada miembro pueda ser visitado cada dos meses. Así brindan ayuda a aquellos cuya fe está en peligro de apagarse, avivando y despertando la vida espiritual de toda la parroquia.

¿Cómo fue encarado este trabajo en los tiempos apostólicos? Estos primeros cristianos habían sido testigos oculares del comienzo de la iglesia cuando su divino Maestro les dijo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto id, y haced discípulos a todas las naciones bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado, y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."

Era, por cierto, un pequeño grupo que recibió este mandato y que salió para cumplirlo. Pero había en ellos un dina-

mismo y una acción dirigida en estos comienzos de la iglesia cristiana que nos llena de asombro. Sugestiva es la nota siguiente que leemos en Hech. 8:1-4: "En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles. . . pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio."

Resulta que ya en el comienzo de la iglesia del Nuevo Testamento, los apóstoles no actuaron solos sino que tenían el apoyo muy eficaz de los laicos, para llevar a cabo la misión que les fue encomendada por su Maestro. O fijémonos en la elección de diáconos que se nos relata en Hech. 6:1-4. Para poder encargarse con el cuidado de los amparados y necesitados, debían ser conocedores de la Palabra de Dios. Un ejemplo elocuente es el diácono Esteban. He aquí la clave del progreso y de la expansión asombrosa de la iglesia apostólica. Doce hombres no habrían podido evangelizar a todo el mundo de aquel tiempo. Había algo más, había unidad y convicción "y la multitud de los que habían crecido eran de un corazón y de un alma." Todos unánimes sabían quién era su Señor y cuál era su trabajo a realizar y unidos por una misma causa se dirigieron a la obra. . .

No podemos servir bien a Dios sin conocerlo a El y su santa voluntad. San Pablo dijo a los judíos: "Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia." Sin un conocimiento adecuado de lo que Dios nos dice y de que El quiere de nosotros, el mejor entusiasmo es inútil y seríamos como hombres que conducen su automóvil sin luces en la oscuridad. Para conocer a Dios y su gracia en Jesucristo, es necesario que una congregación eduque mediante un programa especial, a niños, jóvenes y adultos, es decir a los laicos. Pues esto no se sabe por sí, sino, hay que aprender cómo debemos orar, cómo dar testimonio, cómo comunicar esto a otros. Para tal fin los apóstoles estaban reunidos con los feligreses de la primera cristiandad. Aprendían la Palabra de Dios profundizando constantemente sus conocimientos. Aplicando esto a nuestra situación nos percatamos de la necesidad de ampliar los conocimientos de la Palabra de Dios entre nuestros feligreses

y que nadie se conforme con algo rudimentario. Sólo así podrán ser testigos capaces que puedan tomar una iniciativa propia, guiados por sus consejeros naturales, para poder salir gozosos a predicar el evangelio.

No es demás el observar que el pastor mismo como tal consejero tiene que profundizar su vida interior mediante lectura y estudio diario de la Biblia, para que su programa a desarrollar y llevar a cabo en medio de su congregación, tenga un fundamento sólido. Pero sin programa él mismo sería igual a una canoa sin remos.

Como modelo que podría servir a nuestra discusión, cito el programa descrito por la revista Advance bajo el título: "Mobilizando a los laicos", y las experiencias que tuvo una congregación en Saginaw, Michigan, en una campaña de evangelización organizada y emprendida mayormente por los miembros laicos. Esta congregación ya tenía un grupo de 15 personas, que se llamó "sociedad de evangelismo". Hubo reuniones mensuales y la tarea habitual de este grupo era, hacer visitas invitando a la gente a concurrir al culto dominical, que los niños asistan a la escuela dominical y los adultos a una clase bíblica que se había iniciado. Entretanto habíamos obtenido varias experiencias en preparar a nuestros miembros laicos para una campaña de evangelismo. Había bastante material, pero no había nada sólido para la continuidad del programa. Fue entonces cuando nos enteramos de un programa, llamado "movilizando a los laicos", patrocinado y llevado a cabo por una iglesia presbiteriana en Florida. Este programa llamó nuestra atención ya que nos parecía ofrecer una plataforma muy sólida y un entrenamiento muy intensivo que requería gran dedicación de los participantes. Mi esposa y yo nos dirigimos a aquel lugar y tomamos parte por seis días consecutivos en uno de estos programas quedando impresionados al ver con qué dedicación colaboraba cada lego y qué habilidad extraordinaria desarrollaban para comunicar el evangelio de Jesucristo. Para este fin debían memorizar una disposición básica de 15 minutos que al fin sabían a la perfección. Se notaba que había gran entusiasmo.

Después de haber regresado nos pusimos a la obra, empezando con dos personas, luego había dos más, y en poco tiempo tuvimos una clase de 36 participantes.

Nos parecía ser esencial primero que debe conocerse bien la disposición que es el esqueleto del programa. Su dinámica le confiere la Biblia y algunas ilustraciones lo hacen atrayente. El segundo paso: El plan de estudio en acción. El curso es de 16 semanas. Después de una lección dos participantes acompañan a un experto o líder, haciendo sus observaciones, y esto hacen durante 12 semanas. En las cuatro semanas restantes ya tienen la oportunidad de presentar ellos mismos el mensaje. Con este método de observar primero, los laicos se libran de cierta inseguridad y su reserva por temor de que no sabrían qué decir y cómo presentar el mensaje. Una gran ayuda es que antes habrán memorizado los detalles del mensaje.

Después de 19 meses ya habíamos enrolado a 35 personas habiendo incluido dos programas "clínicas". Antes de hacer las visitas tenemos una reunión especial de 3 horas que consiste de tres puntos básicos: La primera hora estudiamos la lección, repasamos la disposición y recitamos de memoria textos bíblicos; leemos comentarios, tratados y libritos que tratan de programas de evangelismo y de sus experiencias, para asignar finalmente equipos de tres personas. La segunda hora está destinada a la preparación de las visitas y en la tercera analizamos las visitas ya hechas. Estas tres horas se introducen, se interrumpen y se finalizan con momentos de reflexión y de oración en que intervinieron no sólo el pastor sino también los participantes del curso.

Después de muchos preparativos tuvimos la oportunidad de poner a prueba nuestro primer programa "clínico", para lo cual invitamos a 36 pastores del Distrito. En varias tardes seguidas fueron presentadas las 16 lecciones por dos pastores, y entonces comenzó la parte práctica. Cada lego llevó consigo a tres pastores para una visita. Al volver todos estaban admirados cómo los legos habían llevado a cabo un programa de evangelismo comunicando su fe en Jesucristo en forma atrayente y con convicción, y guiándolos antes de salir con una oración espontánea.

A un segundo programa asistieron 40 pastores. Ya son 75 congregaciones que han tomado parte en este programa de evangelismo o que actualmente lo llevan a la práctica. Todo esto necesita mucha preparación. Mucho material debe ser elegido; tarjetas para cada visita deben ser imprimidas y ordenadas en un fichero. Actualmente —dice el pastor— "estamos en contacto con 250 familias de nuestra área que no están afiliadas a ninguna iglesia."

Tal el ejemplo de un esfuerzo evangelístico realizado por nuestros hermanos en los Estados Unidos de Norteamérica. En Hong Kong, en Africa y también en Sudamérica deben encarar el problema según sus propias experiencias usando su propio método de acuerdo al tipo de personas, de costumbres y de medio ambiente con que tienen que verse. Sin menospreciar lo que otros ya han hecho debemos desarrollar nuestro propio sistema de trabajo. Reconocemos que las experiencias o los sistemas desarrollados allá pueden servirnos en mucho sentido y gustosamente queremos aprovechar las ventajas que se nos ofrecen y que nos animan. Sin embargo, no debemos olvidar, que raza, nivel cultural, fondo histórico, idioma son factores que deben tomarse en cuenta y los países latinoamericanos se han formado y se forman por corrientes inmigratorias de distinto origen. Nos hemos dirigido muy preferentemente a gente de un solo origen. Debemos preguntarnos si con esto nos hemos cerrado como iglesia aislándonos del resto de la población sin ganar su simpatía. Hablando a esta parte del pueblo que inmigró no hace tanto, elegimos el camino más fácil y sabíamos que estos hombres en su interior tenían una noción que debían venir cuando les hicimos llegar la invitación a venir al culto y así reaccionaron más o menos positivamente. Pero en el caso de la gran mayoría del pueblo que ya hace muchas generaciones inmigraron de otra procedencia y de origen español o italiano, no podíamos contar con esta disposición. Ellos no tienen en el fondo del alma esta noción. Ellos no conocen nuestra forma del culto o no lo reconocen, y aun en el caso de que acepten positivamente nuestra invitación, no sabemos si esto tendría consistencia, si serán colaboradores permanentes. Debemos tomar en cuenta diferentes factores

que tal vez hemos ignorado y por una u otra razón no superado. La raza es un factor definido o a veces menos definido, que tiene su peso. Tienen tradiciones y costumbres propias, formas de pensar y de expresarse, su religión que en la mayoría de los casos depende de tradición y costumbres. ¿Cómo podemos acercarnos a ellos para comunicarles el mensaje del evangelio? Tal vez no hemos podido adaptarnos a su forma de ser. Pero acordémonos que el Hijo de Dios se adaptó a nuestro medio para hacerse nuestro hermano y conocer nuestra situación. Todo esto debemos tomar en cuenta cuando nos enfrentamos al problema cómo educar y entrenar a aquellos que nos deben asistir en este trabajo, los obreros laicos.

Es cierto que hemos tenido contactos en los años pasados, pero los frutos fueron contados. Sabemos que el hombre latinoamericano nos escucha cortesmente, que se demuestra interesado —por lo menos tenemos esta impresión—, promete asistir a las reuniones, si lo invitamos, y nos asegura que según su criterio es correcto lo que enseñamos, pero al fin y al cabo quedamos a la espera. Tal vez tenemos que ofrecerle algo más que el mensaje, para ganar primeramente su simpatía, algo que nos ayude a entrar en confianza con él; lo que podrían ser obras sociales, educación y escuelas con lo cual se penetra en su hogar y su esfera privada. Si compartimos su amistad y su entretenimiento, tendríamos el derecho a hablarle del cristianismo y del Evangelio. Finalmente se sentiría empujado y obligado a concurrir también a nuestras reuniones en los días dominicales. Podría mencionarse aquí la siguiente experiencia de un sacerdote católico-romano que durante la semana se encontraba con los paisanos del lugar, compartía su amistad, tomaba parte en sus diversiones jugando naipes con ellos, pero les dijo: El domingo mis amigos, quiero veros también conmigo en la iglesia y en la misa. Y con esto tuvo éxito: Los domingos su iglesia estaba colmada de gente; eran los mismos con los cuales compartía su amistad durante la semana. Puede discutirse lo acertado o equivocado del procedimiento, pero una cosa debe ser comprendida, que al hombre típicamente latino no lo podemos ganar para la causa del evange-

lio del mismo modo que solíamos practicar con los de procedencia alemana. Pero si podremos adaptarnos a su forma de pensar, vivir, ser y actuar, acercándonos así hacia él, entonces, con la ayuda de Dios, podremos tener éxito con nuestro propósito de comunicarle el mensaje del Evangelio. La misma táctica aplicaba San Pablo que para ganar al judío se hizo judío, y para el griego era un griego. Donde hay todavía cierto hermetismo, debemos tratar de superarlo, reconociendo que no se trata de algo fácil, y nuestra tarea se ve complicada, o porque nos han catalogado como iglesia extranjera, o nos confunden con las muchas sectas existentes. Si este es el panorama, entonces busquemos la forma promisoría para hacernos conocer, porque se nos conoce muy poco. Sin duda es la radio o la televisión que para mejor publicidad y con el fin de que se conozca nuestra iglesia, pueden servir de contacto y lazo de unión.

En tal contexto es de sumo valor la colaboración del obrero laico, al cual hay que dar una preparación particular por medio de ciertos cursos para que sepa ofrecer un testimonio claro y preciso y que esté familiarizado con las preguntas que van a dirigirle. Mucho depende de la primera impresión que como cristianos y luteranos dejaría en una persona que se mostrase interesada, y es importante que tal obrero laico tenga un gran sentido de tacto para no hacerle ver al individuo sus errores sino despertar en él un vivo interés por el mensaje que le traemos y para buscar un segundo encuentro con la persona con quien tuvimos el primer contacto.

El primer paso podría ser que en cada circuito se unan los pastores para elaborar un programa en el cual sean fijadas las líneas generales a observar en los cursos que sean desarrollados para la formación del obrero laico. Vale la pena pensarlo bien, porque debemos ser convencidos que es urgente que entrenemos a nuestros miembros para el trabajo congregacional y que de ninguna manera tratemos de hacer el trabajo solos sin la colaboración de los laicos de nuestro vecindario. Los cristianos forman una familia y como familia de Dios debemos trabajar juntos de acuerdo con los dones que Dios ha dado a cada uno y que son mayores que tal vez hemos sospechado, y que podrán ser decisivos para el éxito que esperamos.

**Erhard Beckmann**